

UN DOLOR EN LUGAR DEL DUELO... UN ERROR DE CÁLCULO.

Dr. Gustavo Chiozza.

Nota Previa:

Acerca de la “Veracidad” y el “Significado” de una Historia.

Cuando, a partir de una realidad compleja, “construimos” un caso clínico, estamos construyendo una historia. Construir una historia implica, ineludiblemente, introducir en esa realidad la dimensión temporal, y por lo tanto el tipo de historia resultante dependerá de la noción de tiempo que utilicemos. A su vez, que elijamos una noción “lineal” de tiempo (cronológico) o una “circular” (primordial) dependerá de qué es lo que queremos contar con nuestra historia (Chiozza, 1987).

Podemos, por ejemplo, querer contar que *“un paciente varón de 32 años consultó por padecer de cólicos renales desde los 11 años; y que luego de realizarse un Estudio Patobiográfico, no ha tenido más cólicos renales”*. Estaríamos explicando hechos que se relacionan según la idea de causas y efectos. La enfermedad es la causa de la consulta; y el Estudio Patobiográfico es la causa de la desaparición de la enfermedad.

Para muchos lectores, esta historia contiene aún, una incógnita que no ha sido develada. Podríamos, entonces, explicar luego cómo se la arregla la causa para producir el efecto; y en este caso diremos que, dado que la enfermedad es el resultado de la desestructuración de un afecto que no se tolera en la conciencia (Chiozza, 1976), al hacer conciente ese afecto, desaparece la enfermedad. El resultado es una historia inteligible, es decir, que satisface plenamente nuestro intelecto independientemente de que se compartan las teorías contenidas en la explicación. La historia es coherente, es decir, guarda una cierta lógica.

Pero si no deseamos contar lo que hemos entendido sino, en cambio, aquello que de esa realidad compleja hemos comprendido, recurriremos a otro tipo de historia. Podríamos decir entonces que *“Emilio consultó porque sus cálculos lo tenían mal; el Estudio Patobiográfico lo ayudó a comprender que hay cosas que son incalculables, y desde entonces, puede calcular mejor”*. Esta historia también posee una incógnita, pero la misma ya no puede ser explicada en términos inteligibles. La incógnita se resolverá cuando se transmitan las vivencias que aporten la comprensión. Será entonces una historia que posea la “carne” de la vivencia, construida para satisfacer al corazón, o si se quiere a las vísceras (Chiozza, 1986).

Mientras que el primer tipo de historia no debe apartarse de la veracidad de los hechos, el segundo tipo de historia debe, forzosamente acercarse al ámbito subjetivo que está “más allá” de la verdad demostrable. Así, para cumplir su objetivo, se aparta del “caso real”, para ingresar en el terreno de la fantasía, el mito y la metáfora. Esto mismo hizo que los historiales de Freud, casi a su pesar,

abandonaran el lenguaje de la medicina para parecerse al lenguaje de la literatura (Chiozza, 1987).

En esta historia, el paciente puede convertirse entonces en el personaje de una novela, en el mitológico Lot, o sencillamente en Emilio, el personaje de un trabajo de simposio. Esta historia que apunta a la sabiduría del corazón, ya no cuenta la historia de un paciente con litiasis renal, sino la historia de la litiasis renal en un paciente. Es por lo tanto una historia universal y sempiterna, donde los “hechos” son circunstancias subordinadas a la vehiculización de significados.

Para que mi versión de *“La Historia que cuenta la Litiasis Renal”* tenga la “carne” suficiente como para tocar el corazón de quién la lee, he resuelto contarla desde una escena imaginaria que, a la manera de un metálogo, represente el drama de la litiasis renal e intente dotar a la historia de aquello que Bateson (1972) llamó “redundancia” extrasistemática. No obstante esta aclaración, el lector interesado en la veracidad de los hechos¹ relatados podrá, sin dificultad alguna, diferenciar en la historia los “datos verdaderos” contados por el paciente en el Estudio Patobiográfico², de aquella escena “literaria” imaginada por estar esta última en tiempo presente.

“¿Y con esto que vas hacer?” - preguntó Adriana desde la habitación del fondo. Organizar la mudanza le estaba resultando más fácil de lo que se había imaginado; *“¿Con qué?”* - dijo Emilio mientras terminaba de poner los últimos libros en las cajas. *“No sé, es como una tabla, vení a ver”*.

Se asomó por el pasillo, y la escena que vio lo dejó conmovido. Allí estaba la mujer con quien, dentro de pocos días, se iba a casar, sosteniendo el escritorio que se había hecho fabricar para poner en la bañera... tiempo atrás cuando los cálculos renales lo obligaban a estar tanto tiempo en el agua. Esa escena le hizo pensar en las publicidades que ponen dos fotos de una misma persona, el “antes” y el “después”.

Ya desde muy chico siempre quiso saber qué pasaría en el futuro; y, tratando de adivinar, hacía mil cálculos y conjeturas; y hasta se inventaba “cábalas” en las que se decía que si hacía esto o lo otro pasaría “tal cosa”. ¡Y ahora estaba a punto de casarse!; un proyecto que nunca pensó que se concretaría. ¡Cuánto

1. Por mi parte, en esta ocasión, estoy dispuesto a renunciar a la veracidad ya que no es el objetivo del presente trabajo; tampoco lo es “probar” la eficacia terapéutica del método patobiográfico. Intento en este trabajo transmitir vivencialmente la comprensión que el Psicoanálisis ha alcanzado del drama simbolizado en la litiasis renal, siguiendo los desarrollos de Chiozza y Grus (1992) acerca del tema.

2. El estudio patobiográfico fue realizado en el Centro de Consulta Médica Weizsaecker en Agosto de 1989. Por cortesía de su director, el Dr. Chiozza, hemos podido disponer del material para realizar este trabajo. Hemos podido averiguar, a través del psicoanalista del paciente, que luego del estudio realizado el paciente contrajo matrimonio y no tuvo otros episodios de litiasis renal, por lo menos hasta unos meses antes de la publicación de este trabajo.

hacía que no veía ese escritorio! Se preguntó cómo fue a parar a la habitación del fondo; no podía recordar haberlo sacado de su lugar, junto a la bañera... tampoco podía decir, a ciencia cierta, cuándo había dejado de tomar los remedios... ya hacía mucho que no tenía cólicos. Tantas cosas habían cambiado a partir del “estudio”...

Casi se atrevería a decir que esa vida había terminado; porque los cólicos renales llegaron a ser tan frecuentes que vivir con dolor era casi una costumbre. Sobretudo al final; no tanto al comienzo, cuando a los once años le encontraron arenilla en la orina... Fue al poco tiempo de estar pupilo en el colegio de curas; nunca supo bien por qué lo habían mandado allí, pero se sentía lejos de todos.

Ya en esa época comenzó su ambición por destacarse mucho en algo... quería, a toda costa encontrar algo que lo convirtiera en un joven exitoso. ¡Y todavía era un chico! Aprovechó, entonces, su único fuerte, la filatelia; comenzó a traer estampillas de Mendoza y a venderlas a sus compañeros; con esa plata se compró todo el equipo de fotografía. Todavía están las estampillas... y el equipo de fotografía lo sacó recién ahora, cuando Adriana se vino a vivir con él. Pero las estampillas deben estar todavía por algún lado... ¡En la habitación del fondo!; donde también apareció el escritorio; donde esta *“todo lo que no se usa, pero no se tira”* como le dice Adriana.

Nunca se desprendía de nada, lo que se podía guardar se guardaba, y lo que no... de alguna manera se las arreglaba para no dejar. Eso es algo que se dio cuenta después, cuando se lo dijeron en el “estudio”... eso es algo en lo que ahora cambió. Con el trabajo había sido siempre así, hacía nuevas empresas pero no dejaba las anteriores... aunque dieran pérdida. De hecho la mayoría daba pérdidas, pero como tampoco ordenaba sus cuentas, nunca podía decidir cuál cerrar y cuál no. Y así seguía con todo, sin dejar nada.

La única empresa que dejó fue justamente la primera. En ese entonces era muy joven, y su padre lo obligó a asociarse con sus primos... Emilio no los podía ver, los tenía entre ceja y ceja. Lo único positivo fue que se demostró que el tenía razón, y que ellos eran unos sinvergüenzas... El padre perdió toda la plata que había puesto, y para colmo, hoy esa empresa da ganancias millonarias. Eso le dejó una moraleja: *“Agua que no has de beber, guárdala para después”*. Fue cuando dejó la empresa que tuvo su primer cólico; ¡después fueron los cólicos que no lo dejaron a él!

Tal vez fue por esa mala experiencia que nunca más quiso dejar ninguna empresa; aunque también era así con otras cosas; trabajos, proyectos... hasta con... Fue el médico el que le dijo que orinara en un frasco para ver si había cálculos, pero, sin querer, era una forma de no tirarla enseguida.

Ahora no; la decisión de casarse lo ayudó mucho a organizar la economía, las empresas, todo. Tal vez si se hubiera decidido antes... Pero su vida afectiva siempre había sido inestable, muy cambiante, más buscando que encontrando; sin concretar nada... No encontraba una mujer que lo convenciera. Siempre estaba más interesado en encontrar una nueva pareja que en comprometerse con la que estaba... Sentía que si se comprometía con una se perdía de conocer

otras. Con las mujeres no es como con las empresas que uno puede tener varias al mismo tiempo; pero tampoco “terminaba” las parejas, no. Empezaba a salir con una chica y poco a poco dejaba de ver a la anterior, sin decirse nada... de esa manera, si la nueva no le gustaba, sentía que todavía podía volver con la anterior, que no la había perdido del todo... De esa manera, se evitaba decidir...

Siempre le resultó difícil decidirse. Tenía miedo de equivocarse, y estar dejando a la que podía ser “la mujer de sus sueños”; también tenía mucho miedo de no poder volver, como le pasó con Mariana. Había sido el amor de su vida, aunque esto se le hizo más claro después de que se alejaron. Se tranquilizaba pensando, muy adentro suyo, que si quería podría volver... Una vez, se la encontró en el avión; habían pasado muchos años, ella se había casado y tenía hijos. Pensó en acercarse y hablarle, pero no se animó... Tal vez prefirió seguir con su ilusión de que más adelante, en un futuro, habría otra oportunidad... O tal vez tuvo miedo de que ella le diga que sí... no se sentía seguro de tomar una decisión de la que no pudiera echarse atrás. Pero ahora Mariana era un recuerdo... ¡Por fin se iba a casar! Todo eso había quedado atrás, junto con sus cólicos renales... “¿Y...? ¿Qué vas a hacer con la tabla? ¿La querés guardar?”.

La pregunta de Adriana lo sacó de sus pensamientos; se había quedado parado en el medio del pasillo. Se sonrió, dio media vuelta para volver a sus libros, y de espaldas le dijo: “*Tirala*”.

El simbolismo de la Litiasis Urinaria³:

Se llama litiasis a un proceso morbosos caracterizado por la formación de conglomerados de solidez variable llamados ‘cálculos’ que se depositan en los conductos excretores del riñón y las vías urinarias (Barrera y col., 1978, citado por Chiozza y Grus, 1992). Para comprender el significado inconsciente que este trastorno simboliza deberemos comprender cómo se amalgaman en un mosaico la fantasía general⁴ litiásica, la fantasía general excretora, la fantasía renal y la fantasía correspondiente a las vías urinarias (Chiozza y Grus, 1992).

Chiozza y Grus (1992) afirman que “*la actitud de desechar, renunciar y abandonar, que forma parte del duelo primario implícito en toda identificación, constituye una fantasía específica de los sistemas excretores*”, que a su vez depende de la capacidad previa de discernir entre los ideales, aquellos que son posibles de materializar de aquellos que deben duelarse (excretarse).

Estos autores consideran al parénquima renal el órgano más adecuado para arrogarse la representación de la equilibrada capacidad de concentración y dilución en la materialización de los ideales. Cuando este equilibrio se altera compromete la capacidad de materialización obligando al sujeto a tener que duelar aquello que no ha podido concretar (ibíd.).

A partir de considerar que los ideales que no han podido concretarse, representan las ambiciones frustradas, y siguiendo lo postulado por Freud acerca de la relación que existe entre la ambición, el fuego y la orina, encuentran que las vías urinarias representan, a través del orinar, el proceso por el cual se renuncia a las ambiciones (se las “apaga”). En armonía con esto,

³. Deseo manifestar mi agradecimiento al Dr. Dayen y a la Lic. Funosas por la valiosa y desinteresada colaboración que he recibido de ellos para la síntesis teórica contenida en este apartado.

⁴. El concepto de “Fantasía General”, fue introducido por Chiozza y colaboradores en 1968 (Chiozza, 1980) como fantasía general exudativa al estudiar el significado de la lágrima. Los autores entienden por fantasía general un significado que trasciende la abstracción conceptual de ‘órgano’, y por lo tanto es común a distintas células de distintos órganos en distintos aparatos.

sostienen que la retención urinaria forma parte de la clave de inervación del afecto “ambición” (ibíd.).

Para comprender el significado de la litiasis en general, los autores realizan un profundo estudio del simbolismo de la piedra, arribando a la conclusión de que en la litiasis operan fantasías inconcientes de inmortalidad, eternidad e inalterabilidad. Estrechamente relacionadas con la fantasía de inmortalidad encuentran las fantasías de reembarazo y renacimiento, ya que corresponde a un ciclo fantaseado de muerte y resurrección. Es el deseo de volver a nacer con todos los ideales y las posibilidades intactas, “con toda la vida por delante”, evitando la necesidad de duelar (ibíd.).

Chiozza y Grus (1992) reúnen estos significados, amalgamándolos en un conjunto coherente, al que denominan “fantasía específica de la litiasis urinaria”. Sostienen, entonces, que cuando no se **disciernen** los ideales imposibles de **concretar**, no puede realizarse el **duelo primario**; los ideales que no pueden duelarse (**excretarse**) se **depositan**, entonces, como **ambiciones imposibles**. El **cálculo** constituye un “monumento” de algo que ya fue y que no puede volver, el **depósito** de una **ambición** que no se puede **concretar** ni **excretar**, y que compromete al ideal, nunca **duelado**, de permanencia **inmortal** (ibíd.).

Dado que los significados de “concreción”, “cómputo”, “piedra” y “cuenta” están presentes y condensados en el sentido del cálculo, los autores relacionan estos significados con un tipo particular de carácter en el cual el “calcular” se convierte en una manera de vivir. En la base de este carácter los autores encuentran una incapacidad renal para discernir y duelar (ibíd.).

Esta incapacidad se oculta tras una hipertrofia especuladora que busca conjeturar y adivinar, postergando el duelo a la espera de una oportunidad propicia para concretar el “tesoro” de las ambiciones depositadas; estas ambiciones, como un “muerto” que no se puede duelar, quedan representadas en las concreciones litiásicas, a la manera de un monolito conmemorativo. El carácter calculador hace que el sujeto entero se “haga de piedra” en el mantenimiento, “lineal” e invariado, de los ideales imposibles que oculta (ibíd.).

Los Cálculos de Emilio

Cuando Emilio consultó tenía 32 años; se encontraba en esa época de la vida en que ciertos proyectos como la familia o el desarrollo económico reclaman ciertas concreciones. Haber ingresado en la cuarta década de la vida lo había puesto en la situación de tener que decidirse entre lo que se hace y lo que se deja... y desde un poco antes de cumplir los treinta, su trastorno litiásico había empeorado mucho.

Tomar decisiones era algo que siempre le costó mucho; desde muy chico. Siempre se sintió lleno de ambiciones. Deseaba a la mujer perfecta, ambicionaba ser él mismo perfecto, ser un “éxito”, y sentía que no podía conformarse con menos. Nunca pudo renunciar; y cada decisión lo enfrentaba con la tarea de renunciar a algo. Nunca le decía que no a nada. No porque quisiera quedarse con todo, sino porque tenía miedo de equivocarse; de no darse cuenta y desechar lo “valioso”.

Por su dificultad para resignar, cada vez que tenía que tomar una decisión se sumía en interminables cavilaciones. Tenía pánico de equivocarse la elección y dejar pasar la oportunidad de materializar sus ambiciones. Especulaba y conjeturaba tratando de adivinar el futuro de cada una de las opciones a elegir; esta hipertrofia del pensamiento lo convertía en un “calculador”.

El hecho de ser joven, y tener “toda la vida por delante”, lo ayudó a mantener la ilusión de que las decisiones pueden postergarse; y así vivió mucho tiempo creyendo que podía no desechar nada: la filatelia, la fotografía, luego las empresas, Mariana, las demás mujeres, nada.

De esta manera Emilio vivía la ficción de que el tiempo no transcurría para él; de que “mañana” podría decidir en los mismos términos que “ayer”, y no perder... Sin embargo, el haber negado que cuando “no decidía”, estaba decidiendo no decidir (con todas sus consecuencias), tuvo su precio. Y Emilio pagó ese precio por dos. Pagó el precio de la indecisión con la oportunidad perdida, y pagó, además, el precio de su negación con su enfermedad. Los cálculos de Emilio representaban su deseo de depositar todos esos ideales que ni podía materializar, ni podía duelar.

La enfermedad de Emilio fue otra empresa más que dio pérdidas; fue otro amor frustrado que da menos de lo que cuesta. Sus “cálculos” le hicieron perder la oportunidad de decidir y ni siquiera le evitaron el tener que resignar. Sus “cálculos” fueron el mal negocio de cambiar el dolor del duelo, en el alma, por el dolor de la enfermedad, en el cuerpo: ¡Un error de cálculo!

BIBLIOGRAFÍA

BATESON, Gregory (1972)

Pasos hacia una ecología de la mente, C. Lohlé, Buenos Aires, 1976.

CHIOZZA y col. (1968)

“Una idea de la lágrima”, en *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Ed. Paidós, Biblioteca del CCMW, Buenos Aires, 1980.

CHIOZZA, Luis (1976)

Cuerpo, afecto y lenguaje, Paidós, Buenos Aires, 1976.

CHIOZZA, Luis (1986)

Por qué enfermamos, Alianza Ed., Buenos Aires 1986.

CHIOZZA, Luis (1987)

“La construcción de una historia psicoanalítica”, en *Los Afectos Ocultos...*, Alianza Ed., Buenos Aires, 1990.

CHIOZZA y GRUS (1992)

“Psicoanálisis de los trastornos urinarios”, en *Los Sentimientos Ocultos...*, Alianza Ed., Buenos Aires, 1992.